

5

Viejos y nuevos populismos

Una de las singularidades políticas de las primeras décadas del siglo XXI es el surgimiento de partidos políticos de corte populista; y también la presencia de componentes populistas en el comportamiento de bastantes partidos, y de no pocos líderes que intentan plantear relaciones directas con *sus* pueblos, a veces incluso mediante convocatorias de referéndums poco meditados. Referéndums que se formulan de manera plebiscitaria, con intención de lograr un aval público a sus posiciones y sus liderazgos. Lo que también está dando lugar a chascos muy notables, como ocurrió con David Cameron en el referéndum sobre el Brexit, o con Matteo Renzi en su decidida apuesta sobre la reforma constitucional en Italia. Casos ambos que suponían un riesgo indudable tras el que parecía latir la famosa disyuntiva clásica de «o César o nada».

1. COMPLEJIDADES Y ESPECIFICIDADES DEL FENÓMENO POPULISTA

El populismo es un fenómeno político y sociológico complejo que responde a circunstancias diferentes y que suele cobrar mayor o menor fuerza en coyunturas históricas muy diversas. Por lo que es comprensible que la utilización de la expresión «populismo» presente un notable grado de polisemia.

Generalmente, se califica como movimientos populistas tanto a los fascismos que surgieron en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, como a los diversos tipos de fenómenos caudillistas que aparecen y reaparecen recurrentemente en no pocos países latinoamericanos. Un caso típico de populismo latinoamericano es el peronismo con todas sus variaciones y subtipos.

Pero también se considera populista a Donald Trump en los Estados Unidos de América, y a muchos de los líderes locales que le apoyan, como Sara Palin. Al mismo tiempo, los analistas identifican buena parte de los comportamientos de Silvio Berlusconi y de Beppe Grillo como típicamente populistas. Y lo mismo podemos decir de no pocos líderes y partidos del Este de Europa.

Algunos diferencian entre populismos de derechas y populismos de izquierdas. Uno de cuyos casos más paradigmáticos sería el de Chávez y Maduro en Venezuela, y el de sus variados émulos e imitadores en diversos países, incluso europeos.

Como resulta evidente, una amalgama tan heterogénea de partidos y líderes difícilmente puede ser reducida a un común denominador analítico que permita entender y explicar un determinado fenómeno político con el rigor exigible en el campo de las Ciencias Sociales.

Por ello, más que hablar de un «modelo populista» en sentido estricto, cerrado y completamente formalizado, habría que hablar de «tendencias populistas» en el comportamiento de determinados líderes y organizaciones. Tendencias que surgen, resurgen y se modulan en el tiempo, y en sus formas, en función del caldo de cultivo de malestar, indignación y desestructuración que existe en determinadas sociedades en momentos concretos de su evolución económica y política.

Los principales rasgos que caracterizan el populismo son, en primer lugar, el papel de un *líder carismático* que se antepone a cualquier criterio propio de una organización política institucionalizada. Liderazgo que, en ausencia de mayores componentes ideológicos y estructurales de base, acaba dando nombre a su movimiento. Por eso se habla de peronismo, de chavismo, de berlusconismo, etc. Es decir, el líder opera como un Rey sobre un movimiento social que generalmente está poco articulado según criterios organizativos modernos. Lo cual es el segundo rasgo importante de este modelo. El líder se rodea de una especie de Corte de fieles de confianza, seleccionada de arriba abajo, y no

suele rendir cuentas ante nadie ni ante nada. En algunos casos, opera como un viejo patrón, más o menos paternalista, en una vieja empresa, disponiendo de todos los recursos humanos y dinerarios de ella a su servicio. El caso de Berlusconi y de Trump resultan bastante paradigmáticos de este modelo de comportamiento «económico-político».

Un tercer rasgo del populismo es que opera con un cierto componente *familista*. Es decir, las mujeres de los líderes, sus hijos y otros parientes suelen formar parte de su núcleo central de confianza. Es el caso de Evita Perón y de la siguiente esposa del General, o el de los parientes de Chávez, Maduro, Ortega... Y el de los hermanos Castro y sus hijos en el submodelo «fidelista». También es el caso del viejo Le Pen, dejando como heredera a su hija y a su nieta, o el de Trump, rodeándose de familiares en su círculo de confianza.

Un cuarto rasgo distintivo de los populismos es manejar discursos bastante demagógicos, generalmente apartados de las grandes ideologías clásicas, o que ofrecen interpretaciones bastante *sui generis* de ellas. Un caso extremo de *familismo* y distorsión ideológica lo tenemos en la dinastía pseudocomunista de Corea del Norte.

El quinto rasgo es la falta de respeto a los cánones establecidos sobre las reglas y procedimientos de la democracia. Incluso sobre los criterios básicos del derecho civil o penal, que los líderes populistas generalmente consideran que no están obligados a cumplir o respetar. Lo cual implica, entre otras cosas, operar —a veces con bastante arrogancia— con el criterio de que «el fin justifica los medios». Tanta es la autoestima que los líderes populistas se tienen a sí mismos, y la valoración (suprema) que suelen hacer de su misión política, que acaban creyendo que todo está justificado. De ahí que un sexto rasgo de estos movimientos es una «autoestima desbordante» del líder, y la organización de una propaganda propia del «culto a la personalidad».

Una séptima característica de los populismos es su aparente —o expresa— difuminación ideológica y social. Se trata de organizaciones que pretenden representar a todo el pueblo, más allá de clases, sectores o ideologías con «transversalidad», como dicen algunos. En el fondo y en la forma se trata de experiencias que se basan en mecanismos de relación directa y no mediatizada o institucionalizada entre un líder «excepcional» y *su* pueblo. Todo *su* pueblo sin distinciones. Del que solo quedan separados los sectores que no se avienen a

formar parte natural de dicho «pueblo», al que se simplifica con un reduccionismo casi total. «Lo quiere el pueblo», «lo quiere la gente», suelen argüir los líderes populistas para justificar su proceder.

En octavo lugar, también es propio de este tipo de organizaciones cultivar una «ceremonialidad» especialmente cuidada. A través de grandes actos y de encuentros ceremoniales bien preparados —y orquestados— el líder se comunica directamente con *su* pueblo, sin intermediarios. Y por medio de tales actos ceremoniales el «pueblo» recibe doctrina regularmente. De ahí que en tales «ceremonias» sean muy cuidados los escenarios y las emociones, con llamadas continuas a su carácter excepcional, histórico y/o muy singular. Precisamente, en estas «ceremonias» es donde el líder recibe el respaldo directo de su pueblo, en forma de aplausos, ovaciones y eslóganes coreados. Aunque en nuestros días a este mecanismo básico de «consulta» directa y respaldos «exponéneos» se unen también procesos poco transparentes y controlados, y posiblemente trucados, de escrutinios, comunicaciones y consultas por la red.

Finalmente, aún sin agotar el tema, una novena característica de los populismos es su carácter efímero. Es decir, suelen ser fenómenos de aparición rápida y súbita, en momentos de crisis, de inestabilidad, de pesimismo y de intensa preocupación ciudadana. Fenómenos que suelen ir seguidos de un declinar subsiguiente también bastante rápido, según se agota la credibilidad del líder —o su ciclo vital— y la efectividad de sus demagógicas y simplistas propuestas, o bien cuando aparecen las divisiones y las desafecciones internas o, en su caso, según se recomponen los valores democráticos en la sociedad, o se recupera la confianza entre los ciudadanos. Lo cual no significa que este tipo de movimientos, en algunos casos, no dejen un notable residuo de influencias durante un tiempo apreciable. Sobre todo, cuando su final ha estado rodeado de algunos elementos épicos y/o capaces de suscitar emociones muy vivas. Como es el caso, por ejemplo, del peronismo argentino.

En definitiva, los rasgos populistas en el fondo y en la forma nos remiten en última instancia a tendencias de involución democrática que en algunos de sus aspectos o rasgos pueden afectar también a los partidos de corte clásico, pero que todos ellos juntos conforman un fenómeno político específico que, lejos de suponer un avance en los patrones de representación política, implican un retroceso neto. Por ello, la mejor manera de prevenir tales tendencias es con una verda-

dera democracia —contrastada y verificable— en el interior de los partidos políticos, y con un reforzamiento general de la cultura y de los valores democráticos en la sociedad.

Posiblemente, uno de los ejemplos más típicos de rápido ascenso y caída de una organización de este tipo es el del poujadismo francés.

2. ¿POUJADISMOS DEL SIGLO XXI?

En Sociología política se utiliza la expresión «poujadismo» para referirse a los movimientos políticos muy reivindicativos, poco estructurados, de carácter más o menos populista y anti-*Establishment*, que surgen en torno a un líder popular, de manera espectacular, en un determinado momento, y luego acaban desapareciendo o debilitándose.

El concepto generalmente ha sido empleado para caracterizar a movimientos-partidos de carácter derechista, y nucleados en base al malestar de determinados sectores de los pequeños propietarios y de las clases medias, en circunstancias en las que cunde el malestar y la desafección hacia las fuerzas políticas tradicionales.

El nombre procede de Pierre Poujade, un librero convertido en líder popular —muy demagógico y simplista en sus planteamientos— que en 1953 lideró un movimiento medio político, medio sindical (la *Unión para la Defensa de los Comerciantes*, y luego la *Unión y Fraternidad Francesa*), que en las elecciones de 1956 obtuvo de manera imprevista 52 escaños en la Asamblea Nacional Francesa, para desaparecer prácticamente en las siguientes elecciones, de manera tan rápida y repentina como había surgido.

Fenómenos políticos similares no han sido infrecuentes en otros países y momentos, por lo que el concepto de «poujadismo» se ha utilizado de manera amplia (no solo referido a formaciones de derechas), acabando por perder buena parte de su precisión práctica originaria, terminando ceñido a componentes de «sorpresa», «alta volatilidad» y «expresión o traducción de fuertes malestares sociales de base». Además, claro está, del papel central desempeñado por un líder que se convierte rápidamente en una figura popular y que tiene notables capacidades comunicativas, incluso carismáticas.

En las sociedades de nuestro tiempo no parece fácil que puedan surgir formaciones del mismo tenor que en la Francia de los años cincuenta del siglo pasado. Pero, algo parecido sí está apareciendo, tanto en la derecha como en la izquierda, debido a la acumulación de problemas, incertidumbres y malestares.

El ejemplo de Donald Trump en Estados Unidos, como un líder un tanto peculiar, surgido prácticamente al margen de las estructuras de los dos grandes partidos, que organiza su propio «aparato» de apoyo, y que se proyecta públicamente como un líder populista, proteccionista y carismático, que es capaz de ganar elecciones contra viento y marea, responde bastante netamente al modelo de los dirigentes fulgurantes, que no se sabe si serán capaces de sobrevivir a su propio éxito y dejar un legado estable. O bien si será capaz de transformar el Partido Republicano a su imagen y semejanza. En este caso, además, con el importante añadido de que ha ganado las elecciones, utilizando cuantiosos recursos propios, y que gobierna en uno de los países más avanzados y poderosos del Planeta.

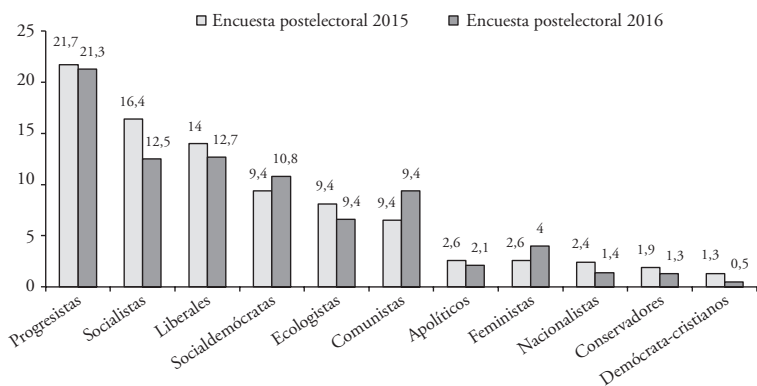
En el caso de España no faltan los que han querido establecer algunos paralelismos entre los movimientos sociopolíticos repentinos y explosivos y el nuevo partido *Podemos*. Desde luego, una diferencia importante es que *Podemos* pretende situarse a la izquierda —al menos en lo que hace a una parte importante de su electorado— y no en *la derecha antipolítica* del viejo *poujadismo* y de los nuevos populismos (no solo el de Trump, sino antes también el de Berlusconi y el de Beppe Grillo y su peculiar movimiento anti-Establishment *Cinco Estrellas*). Lo cual hace de *Podemos* una organización más próxima al modelo de los populistas latinoamericanos inspirados en Laclau. De hecho, buena parte de los debates que han surgido en este partidomovimiento tienen que ver con tensiones surgidas en torno al hiperliderazgo de Iglesias Turrión.

Tampoco es baladí que los apoyos de *Podemos* procedan básicamente de sectores carenciales y frustrados, decepcionados y excluidos política y laboralmente, más que de sectores de las viejas clases medias movilizadas en defensa de su estatus amenazado y sus posiciones económicas en riesgo. No hay que olvidar, en este sentido, que el propio Le Pen procedía, precisamente, del viejo movimiento poujadista francés.

El carácter de los partidos populistas y su inclinación a la *instantaneidad* da lugar a que sus perfiles ideológicos no suelen estar bien definidos, sobre todo cuando tales partidos juegan a una ambigüedad calculada, orientada a intentar obtener votos de varias fuentes. Esto hace que estos partidos puedan ser considerados también como un caso típico del *catch-all-party*, en el sentido indicado por Kircheimer¹.

Hasta las elecciones del 26 de junio de 2016, en *Podemos* se dieron muy remarcadamente estas características si nos atenemos a las macroencuestas postelectorales del CIS (véase gráfico 5.1). Es decir, una mayoría (relativa) de sus votantes se consideran simplemente «progresistas» (en torno al 21%), seguidos por los que se definen como socialistas (16,4% en 2015 y un 12,5% en 2016), con los «liberales» (entre el 14% y el 12,7%) y los socialdemócratas a continuación (entre el 9,4% y el 10,8%). En menor grado están los «ecologistas» (entre el 8,1% y el 6,6%) y los «comunistas» que suben del 6,5% en 2015 a un 9,4% en 2016. En cualquier caso, una proporción poco relevante.

GRÁFICO 5.1.—*Autoidentificaciones político-ideológicas de los votantes de Podemos (%)*



¹ Otto Kircheimer, ob.cit.

Fuente: CIS, *Encuestas postelectorales 2015 y 2016*. Elaboración propia. La Encuesta postelectoral de las elecciones del 20 de diciembre de 2015 se realizó entre el 7 de enero y el 15 de marzo, con 6.242 entrevistas, y la de junio de 2016 entre el 2 y el 21 de julio, con 6.175 entrevistas.

Pregunta: ¿Cómo se definiría usted en política, según la siguiente clasificación...?

Amén de estas diferencias y matices que, desde luego, no garantizan nada de cara al futuro, lo que habrá que verificar es si el fenómeno *Podemos* en España es flor de un día —o de un ciclo corto—, que se explica básicamente a partir de la intención de infligir un voto de castigo a otros partidos de izquierdas (sobre todo al PSOE), para ver si reaccionan, despiertan y dan un giro político progresista más neto. O bien si se trata del inicio de un proceso nuevo de cristalización política, que obedece a bases sociológicas y a demandas políticas más precisas y duraderas.

Aunque el verdadero reto para *Podemos* está planteado a medio plazo, lo cierto es que este partido bien pronto empezó a ser objeto de críticas y descalificaciones muy intensas y duras —por parte, precisamente, de aquellos que antes llevaban a su líder a sus tertulias—. No debe perderse de vista, en este sentido, que existen problemas sociológicos, económicos y laborales muy graves que afectan a millones de personas que padecen situaciones objetivas de exclusión social, y cuyas necesidades en algunos casos no están siendo bien entendidas, ni atendidas, por otras formaciones tradicionales de la izquierda. ¿Quién puede defender y luchar por solucionar de verdad estos problemas?, se preguntan algunos. ¿Cómo hacerlo?

En la medida que muchas personas tengan la impresión de que la izquierda clásica no se ocupa adecuadamente de cuestiones cruciales, y que se encuentra demasiado lastrada por disputas interminables de liderazgos, por inercias y ataduras respecto a ciclos anteriores rechazados popularmente, por incertidumbres sobre el compromiso de cumplir las propuestas electorales, y por ambigüedades programáticas sobre la manera de salir de la actual crisis con un proyecto de progreso..., en la medida que todo eso ocurra —o parezca que ocurre— persistirá un amplio espacio político-electoral que quedará desguarnecido y a la espera de alguien que lo ocupe, con ilusión y

con proyectos. Por lo tanto, el futuro puede estar más abierto de lo que algunos piensan. Sobre todo, si no se emprenden las actualizaciones y regeneraciones necesarias. Y si no se hace en la manera en la que están demandando los electores decepcionados de la izquierda histórica y bastantes jóvenes.